



ESCRITOS ARVO

ARTÍCULOS Y CONVERSACIONES SOBRE FE Y CULTURA

AÑO XXX. N.º 306. JUNIO 2010

LA CONVERSIÓN DE DOS GRANDES DEL CINE: GARY COOPER Y ALEC GUINNESS

A veces parece que el mundo del cine vive alejado de la Fe y de la práctica religiosa. Pero la realidad se encarga de demostrar que ninguna faceta del trabajo humano (tampoco el Séptimo Arte) es incompatible con la búsqueda de Dios. Grandes estrellas del cine encontraron la Fe católica en su quehacer cotidiano, mientras rodaban películas.

En la historia de cada conversión, junto a la insondable intervención divina, se da también la mediación humana: un amigo, un familiar, un compañero de fatigas... que sabe orientar, sin violencia, en el momento oportuno...

He aquí el testimonio de dos casos excepcionales: Gary Cooper y Alec Guinness.

GARY COOPER, LA IGLESIA CATÓLICA... Y UN AMIGO FIEL

Frank James Cooper nació en Montana (Estados Unidos) el 7 de mayo de 1901. Era hijo de inmigrantes ingleses, que poseían un inmenso rancho. El futuro actor aprendió allí a montar a caballo, habilidad que demostraría después en numerosos westerns.

Tras cursar estudios primarios en Inglaterra, regresó a Montana y trabajó como dibujante de tiras cómicas en diversas publicaciones. Después decidió probar fortuna en el cine, y en los años veinte logró pequeños papeles en películas del Oeste, en las que ya se acreditaba como Gary Cooper. A mitad de los treinta es una de las máximas estrellas de Hollywood: rueda grandes filmes como *Adiós a las armas* (1932), *Tres lanceros bengalíes* (1935) o *Beau Geste* (1939). En 1941 logra su primer Óscar por *El sargento York* y, en 1952, el segundo por *Solo ante el peligro*.

Precisamente en esos años es cuando tiene lugar su encuentro con el Papa Pío

XII. Su esposa y su hija eran católicas, y él accedió a acompañarlas. En el libro que escribió sobre su padre, su hija Mary recordaba aquel momento: *El entusiasmo*



nos embargó a todos a medida que se aproximaba la audiencia con el Papa. (...) Estábamos todos en una sala dorada del Vaticano con una veintena de invitados más. Habíamos comprado rosarios, anillos y medallas para que los bendijera Su Santidad, y papá tenía un buen puñado de esos objetos en sus manos. Cuando el Papa llegó a su lado, quiso arrodillarse para besarle la mano y perdió un poco el equilibrio. Se le cayeron entonces todas las medallas, perlas y rosarios, que rodaron con estrépito por toda la habitación. Algunas quedaron bajo el manto del Pontífice, que supo sacar a mi padre de su monumental vergüenza con una sonrisa y un gesto de comprensión.

A mitad de los cincuenta –sigue recordado su hija– comenzó a pensar en su posible conversión. No hablaba mucho de ello, simplemente nos acompañaba a Misa casi todos los domingos. La excusa que daba era que deseaba oír los fantásticos sermones del padre Harold Ford.

Este joven y celoso sacerdote correspondió al interés de Gary Cooper con una dedicación entusiasta: *No le sermoneó con el azufre y el fuego del infierno –escribe Mary en su libro– sino que supo hacerse amigo suyo (...). Mi madre le invitó un día a merendar para que pudiera charlar con mi padre. Y, nada más entrar en la sala de armas, se ganó a mi padre manifestando un gran deseo de practicar la caza y la pesca. En los meses siguientes fue su compañero inseparable en el buceo, la caza y todo tipo de excursiones.*

Durante aquellas salidas, el padre Ford fue explicando a Gary Cooper la riqueza insondable de la Fe católica. Y, cuando ya casi estaba decidido, le dio a leer ***La montaña de los siete círculos***, una autobiografía del monje Thomas Merton en el que narra su conversión. Aquello fue el empujón definitivo. El ya veterano actor se bautizó en la Iglesia Católica en mayo de 1959, apadrinado por su amigo Shirley Burden, que era también converso.

A las pocas semanas de su conversión, empezaron a manifestarse los primeros síntomas del cáncer que le llevaría a la tumba. Luchó en silencio con su enfermedad, mientras rodaba sus últimas películas: ***El árbol del ahorcado*** (1959), ***Misterio en el barco perdido*** (1960) y ***Sombras de sospecha*** (1961). Con la salud ya deteriorada, en 1960 recibió un Óscar especial de la Academia ***por su larga y extraordinaria carrera***. Durante 35 años había intervenido en más de cien películas, la mayoría como protagonista. Murió el 13 de mayo de 1961 y fue enterrado en el cementerio católico de Santa Mónica.

La influencia de su conversión fue enorme en el mundo de los artistas. Ernest Hemingway, que fue un gran amigo suyo, recuerda que pocas semanas antes de la muerte del actor hablaron largo y tendido sobre el catolicismo. Al final, con la voz muy seria, Gary Cooper le dijo: *Tú sabes que tomé la decisión correcta*. Según reconoció después, Hemingway no olvidaría nunca aquella conversación. Aquel moribundo tumbado en la cama le había parecido la persona más feliz de la tierra.

LA CONVERSIÓN DE ALEC GUINNESS, DE LA MANO DEL "PADRE BROWN"

Nacido en Londres en 1914, el joven actor destacó pronto por su capacidad para retratar una amplia gama de personajes. Su interpretación de 'Hamlet' en el escenario londinense (1938) dejó una huella histórica, y cuando dio el salto al

celuloide, su éxito fue aún mayor. ¿Quién puede olvidar su retrato magistral de 'Fagin' en la película ***Oliver Twist*** (1948), o el humor sutil en la comedia ***Ocho sentencias de muerte*** (1949), en la que interpretaba... ¡ocho papeles!?

Años más tarde, ganó el Óscar al mejor actor por su actuación como el Coronel Nicholson en *El puente sobre el río Kwai* (1957). Aunque, para las modernas generaciones su imagen está ligada al personaje de Obi Wan Kenobi, en *La guerra de las galaxias* (1977).

En 1959 fue nombrado Caballero por la Reina Isabel de Inglaterra. Y, sin embargo, en su autobiografía, señaló que su conversión a la Iglesia Católica había sido algo mucho más importante que su carrera como actor. Aquello comenzó, según recuerda, gracias a la interpretación del personaje del Padre Brown, de Chesterton, cuando se rodó la versión cinematográfica.

Todo empezó cuando rodamos la película sobre el Padre Brown (1954), dirigida por mi buen amigo Robert Hamer. Estábamos en los exteriores de Borgoña cuando tuve una pequeña experiencia de cuyo recuerdo siempre he disfrutado.

Hacia el anochecer me encontraba aburrido y sin saber qué hacer. Vestido con mi negra sotana, subí por el serpenteante y polvoriento camino hacia el pueblecito. En la plaza, los niños chillaban en medio de infantiles batallas, con palos por espadas y tapas de cubo de basura por escudos.

En un café Peter Finch, Bernard Lee y Robert Hamer disfrutaban del primer Pernod de la velada. Al saber que no me necesitarían hasta cuatro horas más tarde, me volví a mi hotel. Para entonces ya era de noche.

No había caminado mucho cuando escuché unos pasos apresurados y una



voz aguda que me llamada «Mon Pere!» (¡Señor Cura!). Un chico de siete u ocho años me tomó de la mano y la apretó fuertemente, balanceándola mientras mantenía un parloteo incesante.

No me atreví a hablar por miedo a que mi horroroso francés le pudiera asustar. Aunque yo era un absoluto desconocido, el chico me tomó por un cura y, consecuentemente, por alguien digno de la mayor confianza.

De repente con un «Bonsoir, mon Pere!» (¡Buenas noches, Padre!) y una deslavazada reverencia, desapareció por el agujero de un seto. El chico había disfrutado de un alegre y tranquilizador paseo a casa, y a mí me dejó con un extraño sentimiento de euforia. Mientras seguía caminando, se me antojaba que una Iglesia que podía inspirar tal confianza en un niño, haciendo de sus sacerdotes—incluso cuando eran unos desconocidos—tan sencillamente accesibles, no podía ser una institución tan intrigante y aterradora como solía ser descrita.

Aquel día empecé a sacudirme de encima mis anquilosados prejuicios, tan largamente aprendidos.

A los pocos días de este incidente, un hijo de Alec Guinness, Mateo, que tenía once años, quedó parálítico a causa de la poliomeilitis. El pronóstico era incierto. Movido por un impulso interior, cada noche, al terminar el rodaje, Guinness comenzó a frecuentar una pequeña iglesia católica en su camino a casa. Pedía intensamente a Dios la curación de su hijo, y prometió que no se interpondría en su camino si el niño, que había sido matriculado en el colegio de los Jesuitas, deseaba hacerse católico.

Felizmente, Mateo se recuperó. Y un año más tarde, anunció que deseaba convertirse al catolicismo. Alec recordó su promesa a Dios, y accedió a la conversión.

Pero Dios quería hacerle un regalo aún mayor. Movido por la fe de su hijo, Alec Guinness comenzó a estudiar el catolicismo. Tuvo largas conversaciones con un sacerdote católico y, finalmente, se decidió a hacer un curso de retiro en una abadía trapense. Aquello le dio fuerzas, pero aún no había llegado su momento.

A principios de 1956 –y animado por la actriz Grace Kelly, que era católica–, asistió varios domingos a la Santa Misa mientras rodaba una película en Los Ángeles. La doctrina de las indulgencias le frenó aún por unos meses, pero finalmente dio el paso. Fue recibido en la Iglesia Católica por el Obispo de Ports-

mouth en el verano de 1956. Como señaló poco después: *No ha sido algo precipitado ni tampoco un impulso emotivo; ha sido una decisión que me ha costado la vida entera.*

Seis meses después, mientras rodaba en Sri Lanka *El puente sobre el río Kwai* (octubre 1956 - abril 1957), su esposa le llamó al set para comunicarle que también ella había tomado la decisión de convertirse. Fue una sorpresa que Alec festejó con todo el equipo de producción. Y, como sucede a veces a los conversos, en aquellos días se sintió movido por un fuerte impulso evangelizador.

También surgió en él una profunda Fe. En sus memorias recuerda cómo un día, mientras estaba en Sri Lanka, dedicó la jornada que tenía para su descanso en caminar hasta una ermita muy lejana y así poder rezar ante el Santísimo Sacramento.

Sir Alec Guinness, murió el año 2000 a la edad de 84 años. Gracias al padre Brown de Chesterton, que lo llevó "de la mano" (en el encuentro con un niño) hasta las puertas de la Iglesia, murió alegre y feliz en el seno de la Iglesia Católica.

En sus memorias escribió: *Si de algo debo lamentarme es de no haber tomado antes la decisión de convertirme al catolicismo.*

Alfonso Méndiz

Universidad de Málaga

<http://jesucristoenelcine.blogspot.com/>